

LA GRAN SEQUÍA

ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

LA GRAN SEQUÍA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: mayo de 2024

© Alberto Vázquez-Figueroa, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6439-2

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 7670-2024

Impreso en España

*A la memoria de Manuel Rodríguez Paseiro,
«el caíd Manolo».*

CAPÍTULO I

«El espacio que ocupa una mujer en tu cama es el mismo que ocupa en tu corazón».

Tan sorprendente dicho venía a significar que, para que un hombre aceptara a una chica casadera, ésta debía pesar casi ochenta kilos. Cuanto más pesara, más posibilidades tenía de encontrar marido, y sus familias las cebaban con el mismo suplemento alimenticio que proporcionaban al ganado, siguiendo una antiquísima tradición conocida como *leblouh*.

Las obligaban a beber hasta doce litros de leche al día y, si se resistían, les oprimían los dedos con ramas entrelazadas hasta que no conseguían soportar el dolor y claudicaban.

Si devolvían la comida, les daban el doble.

Se suponía que tal exceso de peso no era bueno para la salud, pero muchos mauritanos opinaban que llevar a su lado una mujer oronda era señal de que estaba sana y de que su acompañante era un hombre rico que podía permitirse el lujo de sobrealimentarla.

En ocasiones, no a una, sino a cuatro, porque las leyes islámicas se lo permitían, y de esa forma un mauritano acomodado podía disponer cada noche de trescientos kilos de carne femenina en su cama.

Es una forma grosera, cruel y machista de decirlo, pero se ajustaba bastante a la realidad.

La pequeña Laila era muy atractiva, con una suave piel color canela, enormes ojos negros y unos dientes muy blancos, pero, a partir de los siete años, comenzaron a deformarla de tal forma que su cintura de avispa pasó a parecer una salchicha; su respingón trasero, una enorme hamburguesa, y sus estilizadas piernas, dos temblorosas columnas que vivían temiendo lo que tendrían que soportar en un futuro.

Había nacido en un pequeño campamento seminómada de mayoría bereber con un cuarto de sangre negra heredada de un senegalés, con el que al parecer su abuela había tenido una tórrida aventura; y, si tan escandaloso comportamiento no provocó que sus vecinos la lapidaran, fue gracias a que se trataba de una viuda de ciento cuarenta kilos, y era cosa sabida que en aquellos tiempos se podía abusar sexualmente de los esclavos *bel-ha*, tanto si eran hombres como mujeres.

Cuando Laila cumplió los once años, las casamenteras de los campamentos vecinos no dudaron a la hora de examinar cada detalle de su cuerpo –incluidos los rincones más íntimos–, para hacerse una idea del valor que tendría tan prometedor mercancía en un mercado próspero, pero altamente exigente.

La mayoría coincidieron en un punto:

–Para conseguir un buen partido, deberá engordar otros quince kilos.

Tan cruel dictamen enfureció a sus padres y sumió a Laila en una profunda depresión, puesto que sabido es que la primera obligación de una hija es agradar a quienes le han dado la vida, y resultaba evidente que no lo estaba consiguiendo.

Se afanó en comer más y a todas horas.

Por las noches, se quedaba en el porche e intentaba de nuevo meterse algo en la boca, y, cuando al fin se quedaba dormida, la despertaba un cochambroso tren que cruzaba a menos de un kilómetro de distancia y cuyo monótono traqueteo la devolvía a la amarga realidad: tenía que seguir comiendo.

El implacable ferrocarril –una ruidosa sucesión de doscientas vagonetas que alcanzaba los tres kilómetros de longitud– solía tardar un par de días en recorrer los setecientos kilómetros que separaban las ricas minas de Zuérate, en pleno corazón del Sahara, del puerto de Nuadibú, en el Atlántico.

Se calculaba que las reservas de hierro de Zuérate eran de más de doscientos millones de toneladas, y los trenes que las transportaban estaban considerados los más destartados del continente, por lo que no resultaba extraño que tan pesada carga deformara los raíles, de modo que el viaje podía prolongarse una semana.

No obstante, su peor enemigo solía ser el viento, hasta el punto de que un día sopló con tal intensidad que diminutos granos de arena se introdujeron hasta lo más profundo de la locomotora, que se vio obligada a detenerse a la espera de técnicos especializados que trajeran consigo una maquinaria apropiada.

Observarlos trabajar bajo el sol de fuego constituía un espectáculo agobiante, y a la muchacha ni siquiera le cabía la posibilidad de ofrecerles el agua caliente y sucia del pozo comunal, porque era cosa sabida que los mecánicos contaban con grandes neveras y enormes botellones de agua muy fresca.

Laila hubiera deseado mostrarse hospitalaria con ellos, ya que la hospitalidad era la base de la vida en aquel

desierto en el que resultaba obligatorio ofrecer al caminante cuanto se tenía y tomarlo bajo su protección desde el momento mismo en que penetraba en los límites del campamento.

Jamás se había sabido de un nómada que traicionara dicha hospitalidad, porque, de hacerlo, y según las leyes no escritas, estarían malditos, tanto él como sus descendientes.

En cierta ocasión, un hombre muy astuto, que se sabía odiado y perseguido por un poderoso caíd que había jurado matarlo dondequiera que lo encontrara, se presentó de improviso en su jaima pidiendo hospitalidad. El caíd no tuvo más remedio que aceptarlo y respetarlo mientras permaneciera bajo su techo.

El hombre se quedó durante una larga temporada, comiendo y bebiendo a costa del caíd, tratando de convencerlo de que no había razón para el odio y aburriéndolo a tal punto que al fin consiguió que le dijera que se podía marchar tranquilo, puesto que más valía no odiarlo que escucharlo.

Una tarde, tras la obligada siesta de las horas más tórridas, un maquinista del tren del hierro olvidó sobre el pescante una revista que el viento no tardó en arrastrar lejos. Laila corrió en su busca, y por primera vez en su vida experimentó lo que tanto sus padres como el ulema le habían advertido que nunca debería sentir: envidia.

Envidia de unos cuerpos perfectos fotografiados entre altivas palmeras a la orilla de una enorme piscina, dejando que el agua de una pequeña cascada cayera de tal forma que rebotara contra sus firmes pechos o se deslizara entre sus blancos muslos.

Y, además de envidia, sintió asombro, pues jamás se le había pasado por la cabeza que existiera un mundo más allá del desierto, el viento, la arena y el chirriar del tren.

Como no sabía leer, se tuvo que conformar con mirar y remirar las fotos para tratar de hacerse una idea de en qué país habían sido tomadas, pero, dondequiera que fuese, resultaba evidente que las mujeres estaban en los huesos, aunque la poca carne que los cubría se encontraba cuidadosamente distribuida.

¿Cómo lo conseguían?

Lo achacó primero a un efecto positivo del agua. Pero luego cayó en la cuenta de que jamás se mostraba a ninguna comiendo, a excepción de algún que otro helado que solían consumir de una forma muy peculiar, abriendo mucho la boca y lamiéndolo con la punta de la lengua, en lo que parecía constituir una especie de éxtasis místico.

Consciente de que si tan diabólica publicación –fruto de la degenerada mente del mismísimo Satanás– caía en manos de su padre la molería a fustazos, tal como había hecho aquel día en que permitió que un guepardo le matara una cabra, tomó la sabia decisión de esconder la revista entre unas rocas, a cuya sombra solía sentarse mientras cuidaba el ganado.

Era un mirador privilegiado desde el que dominaba hasta el último rincón del horizonte, pero también era un lugar visible, por lo que los maquinistas le hacían señas animándola a subirse al tren.

Las muchachas que se arriesgaban a hacerlo rara vez regresaban, y, si lo hacían, quedaban deshonradas por el resto de sus vidas.

Aquellos hombres que se pasaban las horas con la vista clavada en los raíles, sin escuchar más que el rugido de la locomotora o el traqueteo de las vagonetas, acababan por enloquecer y caer en lo que habían dado en denominar «mal del tren», que en el fondo no era más que

la lógica fatiga provocada por un trabajo demasiado exigente unida a una ancestral falta de respeto hacia las mujeres.

Una mañana en la que su padre estaba de viaje, sus hermanos habían acudido al mercado y la pequeña Ahixa aún dormía, la inquieta Laila se armó de valor y le mostró a su oronda madre aquella revista que constituía su más preciado tesoro.

La aterrorizada matrona casi sufrió un vahído y tuvo que tomar asiento. Sus rollizas piernas se negaban a sostener tan inmenso cuerpo.

–Si tu padre la ve, te lapida.

–¿Por mirar unas fotos?

–Por mirar «esas» fotos. Una mujer sólo puede mostrar su cuerpo a su marido, y esas golfas los exhiben como si fueran sus dueñas.

–Serán solteras.

–¿A su edad...? Aunque no me extraña, porque ningún hombre querría casarse con semejantes sacos de huesos. –Le señaló sus brazos, plagados de moretones, y añadió–: A tu padre le excita morderme aquí, en los muslos o en el trasero, y dudo que nadie experimente una erección ante semejantes esqueletos.

–¿Qué es una erección?

–Lo sabrás cuando tengas que saberlo.

–¿Y quién mejor que mi madre para explicármelo?

–Las madres estamos para cuidaros, no para explicar cosas que tan sólo deben explicar los maridos.

Aquella era una respuesta muy propia de quien había sido educada en el convencimiento de que su única obligación era tener hijos y ganar peso. A las mujeres no se les permitía aprender a leer, lo cual resultaba lógico, teniendo en cuenta que se consideraba una pérdida de

tiempo cuando había tanto ganado que apacentar, tanta agua que acarrear y tanta hierba que recoger. Del resto, fumar, estudiar el Corán y espantar las moscas, ya se ocupaban los hombres.

Su madre echó un nuevo vistazo a la revista, la maldijo con los peores epítetos y la lanzó al fuego, pero Laila consiguió salvarla a tiempo y echó a correr, perseguida por los gritos de advertencia:

–¡Tu padre te desollará! ¡Y lo tendrás bien merecido!

Pero ella siguió corriendo, convencida de que efectivamente su padre –entusiasta admirador de los talibanes afganos y los extremistas islámicos– sería capaz de desollarla con una fusta de arrear camellos que sabía utilizar como nadie; con un casi imperceptible golpe de muñeca, podría romperle un dedo o dejarle un moratón que tardaría meses en desaparecer.

Cuando al fin se acomodó entre las rocas que le servirían de otero, había llegado a la conclusión de que aquel maldito montón de papeluchos estaba embrujado y podría acarrearle terribles desgracias, pero, pese a tan grave riesgo, continuó negándose a cerrar lo que consideraba una ventana abierta a un mundo mejor.

Justo en aquel momento, cuando el sol caía a plomo y no existía una sola sombra bajo la que protegerse, cualquier mundo le parecía mejor, y no necesitaba que ninguna persona de este mundo le aclarase que la envidia era un pecado, mientras que la emulación una virtud.

Se esforzó entonces en no sentir celos a la vista de aquellos cuerpos perfectos, sino en procurar parecerse a ellos, cosa harto difícil, dado que no sólo dependía de su voluntad, sino de lo que decidiera su familia.

Cada kilo de su grasa había costado mucho esfuerzo, y aquello era una inversión de la que en cierto modo de-

pendía el futuro de sus padres y sus hermanos, incluida la pequeña Ahixa, a la que ya habían comenzado a cebar.

Para Yassir y Omar, resultaba muy importante la co-tización que pudieran alcanzar sus hermanas en el mercado, y más cuando, además de bonitas, eran casi blancas.

El mayor aspiraba a ser guía de caravanas como su padre, mientras que Omar soñaba con ser pescador. Que un beduino nacido a seiscientos kilómetros del mar quisiera ser pescador se remontaba al día en que, siendo un muchacho, y sabiendo que su padre tardaría una semana en regresar de un viaje a las minas de Mali, se subió al tren, llegó al mar y se sintió fascinado al ver cómo del agua surgían hombres que arrastraban redes en las que centenares de peces parecían saltar de alegría, pese a que al poco morirían boqueando.

Para alguien acostumbrado al silencio y la monotonía del desierto, semejante explosión de vida, unida a los gritos de las mujeres al ver un copo lleno de lubinas o las risas de los niños cuando corrían para evitar que alguna volviera al agua, se le antojó portentoso.

Asistió luego a la tarea de destripar las capturas y colgarlas a jarear mientras se cantaban alabanzas a Alá por haber sido tan generoso, y decidió que salir del mar empapado y casi tembloroso era muchísimo más agradable que perseguir cabras mientras se tragaba el polvo.

Regresó a casa antes que su padre volviera de Mali y contó a sus hermanos cuanto había visto. E insistió en la historia, pese a que se negaran a creer que había conocido a un hombre al que le faltaba un brazo porque se lo había arrancado un pez.

—No puede existir un pez tan grande.

—Pues existen unos casi tan voluminosos como la abuela. Los llaman tiburones.

–¿Como una especie de guepardo gigante?

–Pero más peligrosos, porque surgen de las profundidades y te devoran antes de que te hayas dado cuenta.

–Me da la impresión de que los pescadores deben de ser bastante mentirosos.

–Casi todos lo son, pero lo del manco es cierto. Y seguía pescando con una sola mano.

–Yo una vez comí pescado, pero no me gustó –admitió Yassir–. Olía a demonios.

–Tan lejos del mar, estaría podrido. Suerte que no tuviste cagaleras.

–Las tuve.

–Déjate de pescados y cagaleras, y cuéntame cómo son las mujeres de la costa –se impacientó Laila–. ¿Están flacas?

–¡Oh, no! ¡En absoluto! Con tanto pescado, pueden comer cuanto quieran, y vi a una casi tan hermosa como la segunda esposa del caíd Mubarrak, que además siempre huele a azafrán.*

–Ésa sí que es una mujer en la que puedes perderte y no te encontrarían en una semana. Tiene un culo que...

–¡Por favor!

–No tienes por qué preocuparte. El tuyo es mayor.

–Eso es lo que me preocupa.

–Siempre creí que te sentías orgullosa de tu culo.

–Te lo cambio.

* Para la mayoría de los pueblos norteafricanos, el uso del azafrán constituye una muestra de riqueza y distinción. Ya se habla del azafrán en la Biblia y la *Ilíada*, y en la literatura griega y romana se cita con frecuencia el papel esencial de esa especia en la vida cotidiana. Se usaba como colorante, se teñían con él los vestidos de fiesta, se esparcía por las salas en que se celebraban festines e incluso, siglos antes, lo habían utilizado los egipcios de tal modo que las momias femeninas iban cubiertas de paños amarillos y las masculinas de paños rojos. Cuando Nerón entró en Roma exigió que todas las calles se cubrieran de azafrán.

Los muchachos, desconcertados, se quedaron observando a su hermana como si la vieran por primera vez e intercambiaron miradas que explicaban mejor que cualquier palabra su extrañeza. Al final, el mayor quiso saber:

–¿Y qué tiene el tuyo de malo?

Les rogó que aguardaran un momento. Regresó con la revista y golpeó con el índice una foto.

–Quiero que sea como éste.

–¿Como este qué?

–Este culo.

–¡Pero si no tiene! Sólo son dos huesos que sobresalen de un pedazo de tela.

–Pues a mí me gusta... –señaló Omar.

Yassir se volvió asombrado hacia él al escuchar el casi obsceno comentario.

–¿Te gusta qué?

–El culo, no, porque no tiene, pero no cabe duda de que el resto es precioso. ¡Fíjate en esas tetas y esas piernas!

Laila les arrancó la revista de las manos y la cerró, indignada.

–¡Sois unos puercos! –masculló–. Unos auténticos puercos. Vuestra hermana os pide consejo y lo único que se os ocurre es hablar de culos y de tetas.

CAPÍTULO II

Observó una vez más cómo el tren se perdía en la distancia, y al poco advirtió que se aproximaba un negro muy alto y muy flaco.

–*Salam Aleikum* –lo saludó.

–*Salam Aleikum*.

–¿Quieres un poco de queso?

–Gracias.

–¡Siéntate!

–No deberías invitarme a sentarme. Soy un *bel-ha*. ¿Es que no te has dado cuenta?

–Claro que me he dado cuenta, pero mi abuelo también era *bel-ha* y se pasaba la mayor parte del tiempo sentado. –Le mostró la revista y le preguntó–: ¿Sabes dónde queda esto?

El recién llegado se mojó el dedo índice y pasó con estudiada calma página por página para acabar por hacer un gesto negativo.

–No tengo ni idea.

–Pues me gustaría ir allí.

–No creo que te aceptaran. Ni a mí.

–¿Por qué?

–¡Fíjate bien! Todos son flacos y blancos. Está claro que no les gustan ni los gordos ni los negros.

–No siempre seré gorda.

–Pero yo siempre seré negro.

–Eso es muy cierto, ya ves tú.

–Cierto, en efecto, pero más posibilidades tengo yo de cambiar de color que tú de perder peso mientras sigas permitiendo que te ceben como a una vaca.

–¿Y qué puedo hacer?

–Marcharte.

–Me perseguirían hasta el fin del mundo. ¿Y tú adónde vas?

–En buscas de «La gran caravana».

–Mi padre habla a menudo de ella; dice que todos cuanto fueron en su busca murieron.

–Ninguno se llamaba Menelik.

–¿Y qué tiene de especial llamarse Menelik?

–Que fue el único hijo del rey Salomón y la reina de Saba, y acabó convirtiéndose en el rey de Yemen y Etiopía, donde escondió la sagrada arca de la alianza de los judíos.

–Me parece que no eres más que uno de esos vagabundos que se ganan la vida contando historias absurdas, pero yo no puedo darte más que queso, y ya te he dado.

–Y te lo agradezco, pero te aseguro que la historia es cierta. Ocurrió hace tres mil años, y está en la Biblia y en el Corán.

Y se alejó a grandes zancadas. En cuanto lo perdió de vista, Laila volvió a esconder la revista entre las rocas. Al día siguiente, sin embargo, se llevó uno de los mayores disgustos de su vida: había desaparecido.

Maldijo al negro con los peores insultos imaginables. Hasta que, a media mañana, descubrió unos trozos de papel mordisqueados, y entonces llegó a la dolorosa conclusión de que el negro no le había robado su adorada revista; se la habían comido las cabras.

Su sueño, lo único que había tenido en su vida, se había convertido en cagarrutas.

Al parecer, a las cabras les gustaban las revistas con fotos en colores.

Incluso los periódicos con fotos en blanco y negro.

Incluso los libros sin fotos y con tapas de cartón.

Aquellas famélicas bestias lo devoraban todo, y una tarde que se quedó dormida la despertó una royéndole la punta de la falda.

Como se trataba de su mejor falda, le arreó una patada y le saltó dos dientes. Luego regresó a la casa echando pestes, y su paciencia estuvo a punto de llegar al límite cuando se encaró con su padre, que la aguardaba con una cinta métrica en una mano y la fusta en la otra.

Le midió el pecho, el vientre y las nalgas; comparó el resultado con los «progresos» que había hecho durante las últimas semanas, y le propinó tres fustazos por cada centímetro perdido.

–Lo que comes cuesta dinero... –le advirtió–. Y, si no lo aprovechas más, me vale tirarte a un pozo y alimentar a las cabras. Al menos, las cabras dan leche y queso.

Esa misma noche, Laila se vistió con una vieja chilaba de su hermano mayor, llenó dos *gerbas* de agua, le dio un beso a Ahixa prometiéndole que volvería a por ella antes de que la convirtieran en un tonel, y se subió al tren.

Seiscientos kilómetros de desierto dentro de una vagoneta expuesta al sol podían parecer seis mil, puesto que nadie parecía tener la menor prisa en procurar que un mineral que llevaba millones de años en el mismo lugar llegara un día antes o una semana después a un puerto que no pensaba moverse de su sitio.

De no haber sido hierro, sino plomo, tal vez se hubiera derretido por el camino.

Como solía decir su padre: «El bochorno abochorna, y, en cuanto te descuidas, pierdes el rumbo». Y lo sabía de primera mano, pues, cuando aún era un muchacho, el guía de la caravana se durmió por culpa del bochorno, perdió el rumbo, se internó en Mali, y la mitad de los viajeros que lo seguían no regresaron nunca.

Para los mauritanos, Mali era el infierno del que rara vez se regresaba, tanto por la ferocidad de sus intolerantes pobladores como por lo descontrolado de sus temperaturas, más extremas aún, ya que podían pasar de los seis grados del amanecer a los cincuenta del mediodía.

Por suerte, el tren viajaba en dirección contraria, y de lo único que tenía que preocuparse Laila era de que no la descubriesen, y sobre todo de que no se dieran cuenta de que era mujer. Si no lo conseguía, pasaría a formar parte de la larga hilera de cadáveres que jalonaban las vías, que solían acabar como pasto de los buitres o las hienas.

Permaneció, por tanto, muy quieta, soltando grasa hasta perder el conocimiento. Cuando al fin lo recuperó, la sorprendió un olor reconfortante y nuevo: el aroma del mar.

Al asomar la cabeza, lo primero que la desconcertó fue ver una gran mesa rodeada de sillas.

Ni en su jaima, ni en ninguna que hubiera conocido, había mesas ni sillas, puesto que constituían un estorbo a la hora de viajar. Y, sin embargo, allí se agrupaban por docenas.

Las mujeres no se sentaban, tanto por costumbre como porque probablemente no hubieran soportado su peso, sino que se acomodaban en bancos de piedra a la sombra de casas, cuyas escaleras resultaban muy estrechas, pese a lo cual las jadeantes matronas debían subirlas o bajarlas, aun cuando en ocasiones tenían que hacerlo de medio lado, debido a que el trasero les rozaba las paredes.

Sin duda, aquél era un mundo hecho por los hombres y pensado para satisfacer sus propias necesidades, de modo que Laila se mantuvo inmóvil, sabiendo que, pese a que la capucha de la chilaba le cubría el rostro, su aspecto no conseguía ser indiscutiblemente masculino.

Como le sobraban kilos, pero la atormentaba el hambre, en cuanto oscureció no les hizo el menor asco a los diminutos pececillos que habían quedado en la playa como morralla desechable.

Sabían a diablos, nada tenían que ver con las sabrosas lubinas de las que Omar hablara con tanto entusiasmo, y tal vez se debiera a su diferente textura o tal vez –casi seguro– a que, en aquella terrible oscuridad, se los estaba comiendo con vísceras incluidas.

Se le antojaron un auténtico asco, pero aun así resultaban más apetecibles que un pedrusco, y la consoló la idea de que con semejante dieta no tardaría en adelgazar.

Se durmió acurrucada bajo una de las barcas varadas en la arena, hasta que, poco antes del amanecer, la despertaron las voces de los hombres que se preparaban para la faena. Al momento, se cubrió cuanto pudo y se colgó en una esquina de la boca medio cigarro mordisqueado, tal como había visto que hacían los pescadores.

* * *

–No sólo se encuentra en juego el honor de la familia, también lo está vuestro futuro.

Tanto Yassir como Omar guardaron silencio, conscientes de que cualquier palabra inapropiada acarrearía un fustazo, y desde muy pequeños conocían la dolorosa experiencia de lo que significaba un fustazo de su padre.

–Sin lo que ofrecían por ella, me veré obligado a prescindir de dos camellos, y dos camellos significan más de cien kilos de carga. O sea, que tenéis que traerla de vuelta, y tan intacta como se fue.

–Traerla, podemos traerla –se atrevió a musitar Yassir–. Pero lo de intacta no depende de nosotros...

–En Nuadibú hay mujeres que se ocupan de esas cosas.

–¿Qué cosas?

–Recuperar la virginidad de las muchachas.

Omar tardó casi medio minuto en reaccionar:

–Jamás se me habría ocurrido.

–¿Acaso imaginas que todas llegan vírgenes al matrimonio? La mitad están recauchutadas.

–Pues me lo pensaré muy bien antes de casarme.

–Piensa lo que quieras, pero por aquí no aparezcáis sin ella, si no queréis acabar en las minas de natrón.

Los dos hermanos se miraron. «Acabar en las minas de natrón» significaba, simplemente, «acabar».

Su padre les hablaba con frecuencia de las caravanas que avanzaban en hileras de camellos de varios kilómetros, transportando la preciada sal imprescindible para el ganado, hasta el corazón del Sahara.

Y contaban los ancianos que, en tiempos muy lejanos, miles de años atrás, los egipcios acudían a Mali en busca de lo que consideraban la sal idónea para momificar a sus muertos, por lo que muchos de ellos habían desaparecido en aquella tristemente llamada «Tierra vacía», que era tanto como decir el peor desierto dentro del peor de los desiertos.

O sea, que la mejor opción, la única que tenían para no bajar a los infiernos, era traer de vuelta a casa a una estúpida muchacha que, a su modo de ver, lo tenía todo para ser feliz, pero que había decidido echarlo todo a perder

por una absurda obsesión por transformarse en una momia. Comportarse de una forma tan ingrata con quienes se habían sacrificado a la hora de intentar que se convirtiera en una hermosa criatura se les antojaba una traición y una falta de humildad imperdonables.

Tomaron sus armas y se prepararon para un largo viaje. Cuando se encontraban a bordo de un tren, que cruzaba tan parsimonioso como de costumbre, su padre pareció cambiar de opinión:

—¡O intacta o muerta! —gritó estentóreamente.

Mientras observaba como se iba quedando atrás, Omar inquirió:

—¿Qué ha querido decir?

—Lo que ha dicho: o intacta o muerta.

—Pues yo no pienso matarla.

—Lo suponía. Siempre escurres el bulto.

—Una cosa es escurrir el bulto a la hora de reunir cabras o dar de comer a los camellos, y otra negarte a matar a tu hermana porque no quiere engordar.

—Así suelen comenzar las decadencias. Se empieza con pequeñas concesiones y se acaba formando parte del montón. Fíjate en los cristianos: fueron fuertes mientras fueron implacables, pero, desde que aflojaron la correa, nadie les hace caso.

Su hermano pareció comprender que la vagoneta de un tren no era el lugar apropiado para discutir sobre la ejecución de una muchacha o la decadencia de las civilizaciones, por lo que tomó la sabia decisión de tumbarse a dormir mientras la vida seguía su curso.

Soñó con una hermosa barca pintada de blanco y con verdes redes repletas de peces.

También soñó con la segunda esposa del caído Mubarrak.

CAPÍTULO III

El *guayete*, el muchacho, como ya la denominaban todos, trabajaba desde que caía la noche, ayudando a sacar a tierra las barcas que regresaban cargadas de doradas, samas, sargos o lubinas, y ya antes del alba las empujaba al agua a cambio que le permitieran quedarse con el pescado necesario para sobrevivir.

El resto del día lo pasaba lejos, corriendo sobre la arena o nadando muy cerca de la orilla.

Le constaba que, si se alejaba unos metros, se ahogaría, pero por suerte en el interior de la bahía el agua solía permanecer inmóvil, excepto cuando soplaban el siroco con excesiva fuerza.

Cuando eso ocurría, las codornices caían fulminadas por el calor, aunque aún aleteaban unos instantes, dándole tiempo suficiente para retorcerles el cuello mirando hacia La Meca, y de ese modo poder cambiar de dieta.

Adelgazaba.

No tenía una báscula a mano, pero tampoco la necesitaba, pues se daba cuenta de que la chilaba le quedaba cada vez más holgada y las sandalias le bailaban en los pies.

Empezaba a sentirse feliz.

A veces echaba de menos a su madre y sus hermanos, pero de inmediato le acudían a la mente los interminables días en que la obligaban a comer grasa de giba de camello

hasta que sentía ganas de vomitar, y entonces volvía a renegar de los suyos, por mucho que los ulemas y los sabios insistieran en que el amor a la familia debería prevalecer sobre cualquier sentimiento.

Y es que los ulemas y los sabios eran hombres.

Y, además, flacos.

Había oído hablar de uno muy sabio, muy santo y muy gordo, al que en un país muy lejano adoraban millones de seguidores, pero abrigaba el firme convencimiento de que, si era tan santo y tan sabio, no sería tan gordo porque lo obligaran a comer, sino porque así lo había dispuesto la naturaleza.

Y, a su modo de ver, lo que disponía la naturaleza solía responder a una lógica.

Unos kilómetros hacia el norte, en una pequeña cala que daba a mar abierto, habitaban una veintena de focas que se pasaban la mayor parte del tiempo tumbadas al sol sin el menor reparo en exhibir sus excesivas grasas. Pero tal cosa ella lo consideraba admisible, porque necesitaban esa grasa para pescar en aguas profundas o servir de pasto a los tiburones.

Sin embargo, ella sentía pánico en cuanto metía la cabeza bajo el agua, y por el hecho de haber nacido en mitad del desierto se suponía que no estaba destinada a acabar en las tripas de un tiburón; o sea, en aquellos momentos y según las normas de la naturaleza, se encontraba «mal ubicada».

Casi todo el mundo se ha sentido en alguna ocasión fuera de lugar, pero a Laila eso no la desconcertaba ni asustaba, pues pensaba que cuanto había dejado atrás era peor.

Su cintura comenzaba a parecerse a una auténtica cintura, y sus pechos perdían también tamaño pero gana-

ban firmeza, y eso le permitía imaginarse que, algún día, podría sentirse una mujer y no una curiosa mezcla de vaca, cerdo y foca.

Era como abandonar una cárcel, no cercada por muros o por rejas, sino por un cuerpo que llevaba años comportándose como el peor carcelero.

Siguió, por tanto, trabajando duro, y siguió borrando malos recuerdos.

Al fin, una tarde en que se disponía a descansar tras una larga jornada de agotadora faena, le sorprendió una pregunta:

–¿Cómo te va, pequeña?

Toda la arena del desierto y todas las aguas del océano se le vinieron encima.

Miró alrededor. No distinguió a su padre ni a sus hermanos, pero al fin su vista recayó en un negro muy alto, que repitió la pregunta:

–¿Cómo te va? –y casi al instante añadió–: ¿Te siguen gustando las revistas?

–¿Menelik...?

–Veo que tienes buena memoria.

– ¿Y qué demonios haces aquí...?

–Pasear.

–Pues debe irte muy bien, porque has engordado.

–Y a ti también, porque has adelgazado.

–Curioso mundo en el que lo que resulta beneficioso para unos es perjudicial para otros.

–Siempre ha sido así.

–Me alegra verte, porque sigues siendo mi único amigo.

–Tú también eres mi única amiga, aunque en mi caso es normal, porque no solemos tener amigos que no sean *bel-has*. Te veo muy guapa.

–Y yo a ti muy elegante con esa preciosa chilaba azul.
¿Encontraste la gran caravana?

–No, pero encontré trabajo como ayudante del jefe de mecánicos de un taller de reparaciones.

–Me alegro, pero lo que no entiendo es cómo puedes ser ayudante del jefe de mecánicos de un taller de reparaciones sin saber leer.

–¿Y quién dice que no sé? Los *bel-has* tenemos dos grandes ventajas sobre las mujeres: no nos obligan a engordar y nos permiten aprender a leer. –Y su tono fue de auténtico orgullo al concluir–: Puedo hacerlo en árabe y en francés.

–¿Y qué pone allí?

–La Sirena Verde.

La idea de que un *bel-ha* perteneciente a una raza que sus abuelos consideraban casi como de perros fuera capaz de leer el nombre de un barco y tener un trabajo digno, mientras que ella no supiera reconocer una sola letra y tuviera que alimentarse de las sobras de los pescadores, se le antojaba desconcertante, y su gesto no sorprendió al negro, que le golpeó afectuosamente el brazo.

–Si quieres, puedo enseñarte –comentó.

–¿A cambio de qué?

–A cambio de que te comas esa caca de gaviota, que es lo que se merece quien piensa mal de un amigo.

Laila comprendió que había cometido un error. Agachó la cabeza, metió un dedo en el hediondo excremento y lo chupó.

–¿Basta con esto?

–Basta con eso. ¿A qué sabe?

–¿A qué diablos quieres que sepa? A mierda de gaviota.

–Nunca la he probado.

–Dicen que ayuda a ir al baño.

–Pues tómatela a cucharadas, porque te siguen sobrando kilos.

–Hago lo que puedo, y, como siga corriendo, acabaré en el Polo Norte.

–Allí no te sobraría la grasa. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Lo que has dicho: enseñarme a leer.

–¿En árabe o en francés?

–En los dos.

–Eso lleva su tiempo.

–¿Y de qué sirve el tiempo, si no aprendes? Esa roca lleva ahí mil años, llevará otros mil si no aprende, y por lo tanto nunca será más que una roca.

–Tengo la impresión de que se conforma con ser roca, pero parece cómoda, y nos servirá de asiento. Te espero aquí al amanecer.

–¿Y por qué tan temprano?

–Porque luego tengo que trabajar.

Ciertamente, el amanecer era un buen momento, pues ya las barcas habrían zarpado.

Menelik se presentó armado con una pequeña pizarra y un pedazo de tiza, las únicas armas que necesitaba a la hora de convertir a una ignorante beduina en alguien capaz de saber cómo se llamaba un barco.

Lo de que consiguiera adelgazar era ya otro cantar.

El simple hecho de conseguir reconocer e imitar las seis primeras letras significó para Laila mucho más que trazar unos simples palotes; significó que entendía que cada una de esas letras era como un ladrillo que colaboraba a levantar el fabuloso muro que separaba la sabiduría de la ignorancia.

La A era la que abría la puerta; la B, la que encendía la luz; la C, la que mostraba el camino, y la D, la que

invitaba a adentrarse en el bosque en busca de un destino mejor.

Y cada nueva letra constituía un desvío o un atajo.

–¿Crees que algún día seré capaz de leer un libro?

–Incluso el Corán, si te apetece.

–El Corán es el que leen los que permiten que me engorden. Yo quiero leer libros que me digan que la naturaleza y yo somos los únicos dueños de mi cuerpo.

–No creo que exista ese tipo de libros.

–Pues yo los escribiré.

Aquel que se había detenido con la pizarra sobre las rodillas y un trozo de tiza en la mano observó a su única alumna como si la viera por primera vez. Siempre conseguía sorprenderlo y siempre tenía una palabra o un gesto que le hacía comprender que su determinación le permitiría llegar al Polo Norte e incluso escribir libros antes de haber aprendido a escribir.

Podría decirse que las vitaminas para engordar ganado no sólo habían sobrealimentado su cuerpo, sino también su mente, aunque la fuerza mental es quizá la única que carece de instrumentos con que medirse. Se puede determinar la potencia de una máquina o la velocidad del viento, pero resulta imposible predecir hasta dónde puede llegar un ser humano decidido a alcanzar sus objetivos, aunque éstos, en principio, parezcan fuera de su alcance.

En cuanto se refería a su futuro, Laila podía equipararse al tren del hierro, que siempre acababa llegando a su destino, por mucha arena que se le pusiera por delante.

* * *

El final del trayecto les hizo comprender que tan sólo constituía el principio de sus problemas.

Aquello no era un desierto en el que una figura humana se distinguía a tres kilómetros y, si se disponía de buena vista, se alcanzaba a determinar si era vecino o forastero, amigo o enemigo.

En Nuadibú, había miles de mujeres, y algunas pesaban menos de sesenta kilos. Pocas, pero las había, lo cual los dejó desconcertados. Nunca ni su padre ni nadie les había dicho que semejante dislate pudiera ocurrir, ni en Nuadibú ni en cualquier lugar del planeta.

—¿Para qué sirven?

—Supongo que serán sirvientas o cocineras.

—Pues muy malas cocineras deben ser si no consiguen engordarse a sí mismas.

—Algunas son viejas, y ya se sabe...

—¿Ya se sabe qué?

—Que se les caen las carnes. Quedan como pellejos, y a nadie le gusta morder pellejos.

—¿Y por qué no se mueren?

—¿Qué barbaridad es ésa?

—Ninguna barbaridad. Si son viejas, se les caen las carnes y no pueden tener hijos. Lo único que hacen es gastar agua y obligar a perder la paciencia a los que se encargan de cuidarlas.

—Algunas tienen hijos a los que les gusta cuidarlas.

—Pues a ésas que las perdonen, pero recuerda que, cuando sufrimos aquella sequía hace veinte años, la abuela salió una noche y se perdió en el desierto para no tener que gastar el agua que nos quedaba. Eso es lo que deben hacer las mujeres cuando saben que ya no sirven para otra cosa.

—¿Y los hombres?

—Los hombres, no.

—¿Por qué no, si consumimos la misma cantidad de agua?

–Un hombre no debe suicidarse, a no ser que lo haga para matar infieles a la mayor gloria de Alá.

–A veces me pregunto si realmente somos hermanos. Nos golpean con la misma fusta, pero se diría que a ti te hace más daño.

–No se trata del daño que me haga, sino del que no quiero que me siga haciendo, porque el viejo es capaz de buscarnos en el fin del mundo si no encontramos a Laila. ¿Dónde puede haberse metido esa puñera niña?

–¿En un burdel...?

–La considero demasiado lista como para eso. Si se llevó mi chilaba, quiere decir que anda por ahí disfrazada de hombre.

–Pues hay muchos.

–Busca en el zoco, y yo lo haré en el puerto. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas, aunque, si conseguimos encontrarla, es que es más estúpida de lo que imaginaba y la repudiaré como hermana.

–Es ella la que debería repudiarnos como hermanos. Aún se me revuelven las tripas al recordar cómo la cebábamos hasta que la comida se le salía por las narices.

–Lo hacíamos por su bien.

–¿Estás seguro?

–Me esfuerzo por estarlo.

–Recuerdo cómo reía y jugaba cuando aún no intentábamos convertirla en una calabaza. Y me pregunto qué derecho teníamos a hacerlo.

–Papá nos obligaba.

–¡Cierto! Éramos niños, y papá nos obligaba. Pero ya no lo somos.

–Con un padre como el nuestro, tan sólo dejaremos de ser niños cuando la fusta únicamente le sirva de bastón. Y siempre que no tenga un fusil a mano...

Aquello era muy cierto, como cierto era que seguían temiendo a aquel viejo guía de caravanas que no estaba dispuesto a permitir que sus hijos lo desobedecieran, pues sus caravaneros nunca aceptarían recibir órdenes de quien ni siquiera era capaz de poner orden en su casa.